

EL HERALDO DEL ISTMO

—REVISTA ILUSTRADA—

Director: GUILLERMO ANDREVE.

“Bien faire et laisser dire.”

Dos sonetos inéditos de

Emiliano Hernández

MEDIAS TINTAS.

Como cada crepúsculo despierta
en mí sér tu silueta delicada,
me fingos esa aparición incierta
que huye al abrir una mansión cerrada.

A la puesta del sol, en la desierta
riba, ante el mar, como una acostumbrada
visión, por la ventana semi-abierta
cruza tu imagen fina y enlutada.

Te he visto en las penumbras. Apareces
como una sombra blanca y desapareces,
temblorosa y nupcial ante mi vista.

Y estás oh! dama que mi tedio exulta!
entre los horizontes, medio oculta
y bajo los follajes, entrevista.

II

Eres vaga y sutil como un perfume,
y lánguida y fugaz como una nota:
florece en ti un enigma de gaviota.

II

Sobre la onda azul, en donde ardía
La esencia tropical de la mañana.
La nave se alegó, como extrahumana
Quimera que á los cielos se volvía.

Y con ella te fuiste.....La armonía
De tu belleza mística y profana
Resplandeció con magia soberana,
Divinizando el barco que partía.

Al evocar hoy lejos tu figura,
La extraña dualidad de tu hermosura
En mi recuerdo la tristeza ahonda:

Porque tiene tu forma anadiomena
La noble línea de la estatua helena
Y el pensativo enigma de Gioconda.....

DARÍO HERRERA.

Estrofas para Isolina

Para mí es tu pupila la más radiante;
La rosa de tus labios la más fragante;
Y no hay rostro de virgen ni de odalisca.
Ni de princesa ecúacea, ni de marica.

IV.

EN RECUERDO DE LAYS.

Lays era hermosa y buena co-
mo la Aurora, alegre y dulce co-
mo el naxos, y también fué fugaz,
como la sombra de una golondrina
que cruza por sobre el agua quieta
de las fuentes.

ARISTIPPO.

Yo adorné tus umbrales con mis ramos de rosas!
Y en la misericordia yocunda de tus senos,
festejé los incendios de mis fiebres gozosas,
y hallé el júbilo magno de los minutos buenos.

¡Bien lo saben las náyades de los estanques plenos
de quietud y celeste!.... ya aquellas penumbrosas,
callejas que exploraban tus jardines amenos,
chafadas por tus blandas crepidas silenciosas.

Oh, hetaíra de cultas y muy suaves promesas
tántas veces cumplidas por las jóvenes frescas
de tus besos más hondos, más mullidos, más francos!

Si vieras.... Ya mis labios no saben de tus vinos,
y olvidé la ventura de los Rhitos divinos,
nazareno abrazado de la Cruz á los flancos.....

LEOPOLDO DE LA ROSA.

Panamá: 1906.

La Audición final



EL lunes 1º de este mes y año, á las tres de la tarde, tuvo lugar en la Escuela Nacional de Música y Declamación la Audición final conque se cerraban las tareas de ese plantel en el período escolar de 1905.

La concurrencia al acto fué de lo más escogida y numerosa. Puede decirse que toda la *high life* se había dado cita allí, y esto no dejó desde luego de causarnos íntimo gozo, pues viene á ser una prueba palmaria de que, si quiera sea lentamente, la civilización y el predominio de la Intelectualidad y del Arte, se abren paso entre nosotros.

La Audición estuvo brillante. Las ejecutantes mostraron bien á las claras que no han perdido el tiempo y que los esfuerzos de Garay no han sido infecundos. Nos congratulamos desde luego

con este resultado, que hace esperar para no lejano día que el arte musical tenga entre nosotros intérpretes fieles y poseídos de su verdadera grandeza.

Sabemos que no faltaron concurrentes al acto que de menos echaran los tangos, los val-

ses y danzas á que el mal gusto, efecto del poco conocimiento de lo que es el Arte, nos tiene acostumbrados. Esto no nos asombra lo más mínimo. Querer otra cosa sería pedir peras al olmo, ó lo que es lo mismo solicitar de nuestra ignorancia un aplauso sincero á aquello de que no logramos posesionarnos por completo. La poca familiaridad que con la música clásica tenemos—sobre todo con la francesa y alemana, serias y elevadas—y cierto atavismo de raza que nos ha dotado de un natural melancólico y una inclinación á los sonos tristes y llorones que hacían la delicia de nuestros progenitores los indios, nos hacen suspirar por los aires del caramillo y los sonos de la gaita.

Tal vez por esto nos decía un profano que de todos los trozos de canto el que más había gustado era el de *La Traviata*, no tanto por la hermosa voz de la señorita Márquez, que sabe hacer con ella prodigios de ruiseñor, cuanto por ser la música más alegre de toda la ejecutada en la Audición.

Ya al finalizar ésta—inmediatamente antes de cantar los alumnos la *Missa Solennis* de Rossini—Garay leyó un discurso alusivo al acto, lleno de pensamientos brillantes y de aspiraciones elevadas y patrióticas, en que nos daba, con su bello modo de decir, una hermosa idea del Arte. Los aplausos como es natural fueron muchos y justificados. Garay posea una palabra fácil é insinuante, y escribe con

una soltura y elegancia que es de envidiar. De nuestros escritores literarios (y fíjese el lector que no hablamos de publicistas ni de escritores políticos), es á nuestro juicio al par de Darío Herrera el que despierta mayor interés por la cultura artística de que sus escritos están llenos y por la facilidad de concatenación que le es peculiar.

La *Missa Solennis* estuvo bien ejecutada y al oírla todos pensamos en la magestad que hubiera tenido la función religiosa del 3 de Noviembre si se hubiera cantado esta *Missa* en la Catedral, cosa que no permitió el muy Ilustrísimo señor Obispo, como de todos es sabido.

Para Garay y sus discípulos nuestras felicitaciones, que, sin dejar de reconocer el mérito de la mayoría, especializamos en favor de la señorita Ramona Lewis quien en nuestra opinión tiene la voz más educada y poderosa entre las alumnas de canto, de las señoritas Adriana Orillac y Anais M. Cervera, ejecutantes de piano de distinguida superioridad, y del señor Stewart que fué para nosotros una agradable sorpresa, con su bella voz de tenor.

Publicamos en otro lugar el discurso del señor Garay, cuya lectura recomendamos á aquellos de nuestros lectores para los cuales el Arte sea el fin más hermoso de la vida.

Una visita á Salvador Díaz Mirón

PARA GUILLERMO ANDREVE



VENIA de México para Veracruz cuando supe que el Poeta había acabado de llegar á hacer una visita de familia. Un amigo veracruzano me introdujo á la casa de Díaz Mirón y el último mediodía que pasé en tierra mexicana, aquella gran tierra del talento, lo estuve con el autor de *Lascas*.

Es alto, sin esa elevación de talle perceptible, la mirada es varonil en aquellos ojos emocionales y cambiantes que asumen un brillo de asombro cada vez que un pensamiento los atraviesa, haciéndolos ingenuos y dolorosos. Habló largamente, sin detenerse, gesticulando, á las veces suave como una dama, tumultuoso á ratos como un mar. Habló sabias cosas de arte, bellas y nobles cosas. Habló de su vida, de sus lances, de sus planes, de su conducta, de su país, de su pena, todo á saltos, con un maravilloso desequilibrio espiritual que acaso sea el mismo desequilibrio violento y fecundo que lo impele al vuelo de águila y al pugilato de coloso, que en la vida y en el arte han hecho culminante este nombre de poeta y de dominador.

—Diga Ud.—y en ese momento cayó su mano sobre mi hombro suavemente—á los suramericanos que no soy el guapetón de barro que se figuran, sino el hombre acometido por la vida misma en uno de sus gestos más hostiles. Desmienta Ud. esa falange de repórteres que andan achacándose tantas posturas ridículas de matachín, á mí que nunca he podido serlo. Si hubo algo trágico en mi vida culpa fué de mi destino que me colocó de faz á lo Inevitable. Ah! mi amigo—y sus ojos brillaron dolorosamente—estoy condenado á no poder ceder á nadie la acera porque ese día creyendo que siento miedo estoy perdido. Ese es mi suplicio mayor. Por ello no vivo aquí (Veracruz) sino en Jalapa. Vengo por deberes de familia y me marchó luego, lo más pronto posible.

Habló de sus libros. Tengo—dijo—en preparación á *Triunfos* donde he logrado reunir el preciosismo de *Lascas* con la sonoridad de mis primeros versos, que apesar de ser los peores me han dado el nombre que tengo. Cosas humanas! se ha creído poco sincera la declaración que hago en el proemio de *Lascas* acerca de mis primeros versos, pero crea Ud. que es verdadera esa manifestación. Ello dará á Ud. una prueba del atraso literario de América. En cambio sobre *Lascas* apenas si dos ó tres opiniones sensatas me han sido favorables. Las demás, obra de cronistas malos ó charlatanes de redacción, no pueden ser peores. Apesar de ser popular, odio la popularidad que es el síntoma infalible de la medianía que está al alcance de todos. Yo tengo ahora del arte una visión mas noble y un concepto más alto.

—El Arte—como dijo Rubén Darío—es aristocrático. Pedí al ilustre artista opinion sobre los distinguidos poetas de América—Lugones el argentino—un gran poeta, todo un gran poeta—Luis G. Urbina, el más inspirado lirico de México, despues de Gutiérrez Nájera—Guillermo Valencia el mas sutil continuador del número del Dr. Rafael Nuñez—Andrés A. Mata un estimabilísimo poeta que acaso esté en el primer puesto de la poesía en Venezuela. Y sus imitadores. Maestro?—le interrogué.

—Crea Ud. que no los he notado—Si, imitarán los versos donde he puesto un gran gesto de dolor, pero el dolor no se pueda imitar—Esos señores han hecho un *pose* y la *pose* fuera del Teatro y del taller es ridícula—Yo no se si soy un gran poeta, pero sé decirle que lo único grande que tengo es mi dolor—Acaso le deba á él cuanto he sido y soy.

Cuando me despedí del altísimo poeta, ese poeta donde rádia toda la fina y fuerte energía de la raza azteca, caía el crepúsculo sobre los

árboles del jardín de la casa de Díaz Mirón—Hubo algo paternal en su adiós.

—No me leyendará Ud., verdad?—Diga Ud. lo que soy, así como me vé—Si, Ud. si lo dirá—Y me fuí, un poco triste, pensando en la farsa humana que todo lo trueca, calumniando, en mayor ó menor escala, á los grandes taciturnos que cruzan la Historia envueltos en un nimbo hecho de gloria y de melancolía.

EMILIANO HERNANDEZ.

1906

Young Hope

BY ABRAHAM Z. LOPEZ-PENHA.

He lives to hope, for life is young.
And smiles on him so bright:
His infant lips are rich with song:
His soul is filled with light.

A dream it is, and sleep he must.
Or never wake to find.
That the idols of his youth are dust.
And he himself is blind.

A Golden Land

BY ABRAHAM Z. LÓPEZ PENHA.

A golden lan inwrapped in mortal sleep.
That only awaits its future lord:
A land where mothers young are doomed to weep
O'er the horrors fratricidal of discord.

A lovely land defiled with sins and blood,
Where Nature dreams a happier fate:—
Some day to be delivered by her God
From the misdeeds of Man degenerate.

Though night to thee, Manhattan, space immense
Seems to divide this land and thee:
But, God created in its sole defense—
To eternal death condemned it cannot be!

Discurso.

PRONUNCIADO POR DON NARCISO GARAY EN LA AUDICIÓN FINAL DE LA ESCUELA DE MÚSICA Y DECLAMACIÓN EL DÍA 1º DE ENERO DE 1906.

Las felices inspiraciones y elevados propósitos del Gobierno de la República nos congregan hoy en este recinto, vibrante de dulces cantares y virginales armonías, á ofrendar en ara del nuevo año que se abre las primicias frescas y lozanas de la Musa nacional. Depositamos la ofrenda con la efusión mística y el recogimiento propios de quienes comulgan en un mismo acto de fe patriótica, glorificando en la conjunción de dos auroras: aurora del año y aurora del Arte, la revolución pacífica que hizo nacer el Istmo á la vida de las naciones independientes.

El actual momento histórico, las visiones miríficas de la abundancia que cabrillean sin cesar á nuestros fascinados ojos, las aspiraciones vagas y nacientes que se agitan confusas en el fondo de la conciencia popular, la inquebrantable confianza puesta en la buena estrella de nuestra bandera, ese conjunto de ilusiones, esperanzas y afirmaciones que constituyen hoy nuestro estado de alma nacional, tiende con todas sus fuerzas y por modos diversos á expresarse en las formas vivas del lenguaje artístico, intérprete genuino del sentimiento.

Tiende á ello no sólo por el humano deseo de ver exteriorizados y perpetuados en las creaciones de los artistas y poetas nacionales los rasgos esenciales de su fisonomía moral é histórica, gozándose en el placer divino de la propia contemplación, sino porque el instinto popular mira en el Arte un derivativo saludable y necesario para su intensa vida emocional, una válvula de escape abierta al exceso de su felicidad presente.

La inmigración extranjera encargada de realizar la canalización de nuestro territorio, el establecimiento del Gobierno norteamericano en la zona que atravesará nuestro futuro canal, la actividad y riquezas anexas á todo centro considerable de tráfico mundial, la influencia correlativa de dinero y negocios que ya comienza á desarrollar sobre nosotros abundante lluvia de beneficios materiales y á procurarnos el bienestar general, amenaza sin embargo volvernos sordos á los llamamientos del ideal é insensibles á todo aquello que en la vida no corresponda á un fin de utilidad práctica y tangible. Contra esta invasión de doctrinas materialistas, favorecida por la vecindad de un pueblo cuya grandeza y poderío se atribuyen erróneamente al sólo culto del dinero, los poderes públicos se han propuesto reaccionar desde la primera hora de nuestra nacionalidad, distribuyendo profusamente el pan del espíritu que despierte en nuestra raza la noción clara de su personalidad, fortalezca sus cualidades nativas y sus caracteres étnicos propios y la premuna contra una abdicación eventual de la noble misión que le corresponde en la obra del progreso universal.

Por desgracia hay quienes, en su celo intemperante por la excelencia del llamado *sentido práctico*, se han creído obligados á denigrar, de palabra y por escrito, el prurito poético de las juventudes hispano-americanas. Quienes tal piensan yerran deplorablemente. Aun aceptando el principio de que todo extremo es vicioso, hay que convenir en que la riqueza del lirismo que se nos enrostra es manifestación palmaria de nuestra poderosa vitalidad artística, rasgo propio de las razas meridionales y una de nuestras cualidades verdaderamente autóctonas. Quien abre campaña contra ella, la abre contra la índole genuina del país y se hace reo de un delito de lesa naturaleza. Más injusta resulta esta cruzada anti-poética cuando se considera que el cultivo de las letras ha sido nuestro mayor—si no nuestro único—timbre de gloria, pues al favor de esta atmósfera saturada de sedicente locura literaria, rindieron abundantes y doradas mieses



ALICIA ROOSEVELT EN EL JAPÓN. CON EL TRAJE TÍPICO DEL PAÍS.

las bien tarjadas plumas de nuestros más ilustres escritores y pensadores continentales.

Bien puede un artista, músico, defender sin petulancia los fueros desestimados de la cultura literaria, cuando abierta está la Historia Universal enseñándonos que en todas las edades y al amparo de todas las civilizaciones juntas florecieron la música y las letras, que toda verdadera poesía fue originariamente cantada, que el canto y el verso son artes gemelas desde los tiempos remotísimos en que se escribieron los himnos sanscritos del Rig-Veda, en la India y la epopeya homérica, en Grecia; que Esquilo, Sófocles y Eurípides escribieron al par que los versos las melodías de sus tragedias inmortales, que las odas de Horacio están escritas todavía en metros mélicos para ser cantados al son de la cítara, y que, en fin, San Ambrosio con sus himnos sublimes fue el más inspirado rapsoda de la cristiandad. La Iglesia Romana introduce en seguida la asimetría del canto llano y causa la disgregación de las tres artes *músicas*: poesía, canto y danza, que el principio métrico de los griegos había unido en una triada ideal; más el arte popular de la Edad Media reivindica de hecho la tradición pagana asociando las fun-

ciones del músico y del poeta en la sola individualidad del juglar, del trovador ó del bardo de que nos hablan las viejas leyendas célticas y las crónicas provenzales.

En el siglo que acaba de expirar H. Berlioz y R. Wagner fueron las más geniales personificaciones de esa dualidad creadora, como lo son entre los vivos A. Boito y R. Leoncavallo, en Italia, V. d'Indy y G. Charpentier, en Francia. La aparición en el mundo de las letras de la escuela simbolista ó decadente, sólo se explica por un creciente é insaciable afán de musicalidad poética. La actividad literaria y la actividad musical, compenetrándose y fusionándose cada día más, han venido á ser, en el orden de las ideas contemporáneas, manifestaciones concomitantes de un principio estético superior: la una implica la otra, y trabajar por cualquiera de ellas es trabajar por ambas virtualmente.

No habríamos encontrado nosotros la espléndida protección con que el Gobierno de la República ha querido favorecer el ensanche de esta Escuela si al frente de la cartera de Instrucción Pública no se hallara un hombre público de vasta inteligencia y saber, en quien la cultura ha abierto el ánimo al entusiasmo

generoso del ideal artístico y el espíritu á la comprensión de todas las manifestaciones de la belleza universal.

Ni la personalidad histórica que encarna la idea liberal en el Istmo y honra la Vicepresidencia de la República, me habría recordado en cierta ocasión la hermosa apología de la música puesta por Shakespeare en boca de uno de los personajes de *El Mercader de Venecia*: "El hombre que no tiene en su alma música alguna y á quien no conmueve la armonía de tiernos acordes, es capaz de traición, estratagemas é injusticia... no os fiéis jamás de un hombre semejante"—si una alta cultura literaria no le hubiese infundido la convicción de que la flexibilidad, la delicadeza, el sentido exquisito del orden y la medida, y todas aquellas cualidades del espíritu que la educación tiende precisamente á desarrollar, no encuentran mejor ni más eficaz disciplina que la iniciación á las letras, á las artes, á la poesía y el ejercicio y formación del gusto. Y díganos ahora si nuestra Escuela, si el culto de la música oficialmente consagrado y fomentado por la República al reunir en torno suyo adhesiones partidas de campos diametralmente opuestos, no se levanta ante nosotros como un emblema de conciliación, como un oasis de frescura en medio de las candentes pasiones políticas que nos abrasan, para justificar una vez más la universal creencia de que nada dispone tanto á la simpatía, nada suaviza tanto las costumbres ni pone orden y paz en nuestro ser como el comercio bienhechor de la belleza. Orfeo domando las fieras al son de la lira, aquel mito griego que expresa en forma simbólica el poder mágico y civilizador del Arte, se revela hoy á nuestro entendimiento en toda la lucidez y profundidad de su significado.

La torpe noción que rebaja el Arte á la condición de vulgar pasatiempo ó que le hace intervenir á modo de *poussee-afé* en las digestiones laboriosas de burgueses hartones, sólo es de recibo entre gentes inciviles y espíritus groseros. Sin negar el ascendiente poderoso del Arte sobre los sentidos, hay que reconocerle efectos doblemente profundos y trascendentales sobre el ser moral é intelectual del hombre. El Arte, que es por esencia la irradiación de lo ideal á través de lo sensible, recrea los sentidos y encanta el corazón á la vez que fortalece, armoniza y embellece el espíritu. Como lo bello habla á todas las potencias del hombre; á la razón, al corazón, al pensamiento, á la imaginación y á los sentidos; como al excitar simultáneamente nuestras diversas energías mentales engendra en nosotros un sentimiento de una pureza y una plenitud únicas, el Arte aparece en la educación popular de las democracias, cuyo objetivo es el desenvolvimiento de todas las facultades del niño en una unidad viva, como un factor de inestimable eficacia. Además, para formar ciudadanos libres y felices el Estado republicano tiene que dar al hijo del pueblo que sufre y padece y es esclavo de las duras necesidades de la existencia, no solamente los conocimientos necesarios—bien poca cosa son—sino también su porción congrua de ideal, su parte de esa cultura que eleva, consuela y redime el espíritu, dejando entrever aquella noble ilusión apolínea que dice Nietzsche, que nos reconcilia con la vida y la vuelve digna de ser vivida.

Así lo comprendieron, con admirable sentido, nuestros legisladores de 1904, hijos de este pueblo en que alienta el sentimiento de lo bello, en que vibra el ritmo triunfador y canta la eterna melodía humana, cuando se aplicaron á fomentar la cultura artística votando, por primera providencia, generosa subsidios personales, la creación de institutos artísticos de enseñanza profesional y la construcción de un Teatro y un Museo Nacionales.

A los utilitaristas de nuestro Istmo que niegan la importancia del Arte y le escatiman su apoyo por creerlo vano artículo de lujo en la economía de las sociedades humanas, séanos dado proponer el ejemplo de aquel otro Istmo, célebre en la antigüedad, emporio de riquezas, de cultura, de Arte, y civilización, lazo de unión entre el Peloponeso y la Hélade Continental: el Istmo de Corinto. Vive hoy Corinto

en la memoria humana no por sus riquezas cien veces consumidas, no por su intenso tráfico ni por su devorante actividad comercial, hoy casi extintos, ni siquiera por los grandiosos planes de canalización iniciados en la época de la dominación romana por el Emperador Nerón sino, por los vestigios imborrables de su amor á las Artes y las Letras, por el fasto y esplendor de la Corte de Periandro, bajo cuyos auspicios nació la forma artística más fecunda que vieron las edades: el dítirambo dionisiaco; por los famosos juegos ístmicos, inseparablemente asociados al estro magestuoso de Píndaro en las imaginaciones nutridas de recuerdos clásicos: por la sagrada floresta de pinos, mansión misteriosa del culto religioso nacional, á cuya sombra cantaba la musa dórica el vigor y la belleza de la raza encarnados en los vencedores de los juegos atléticos; por todo aquello, en una palabra, que implicaba esfuerzo y tendencia del alma corintia hacia el mundo del sentimiento y de la idea.

¿Y seremos los habitantes del Corinto moderno insensibles á las enseñanzas de la Historia? ¿Nos dejaremos arrollar por el torbellino de intereses materiales desatado sobre nuestro territorio y haremos prevalecer el cálculo egoísta y el sordido apetito sobre el noble ensueño artístico? No, los signos del tiempo indican—por el contrario—que velaremos por el ejercicio armónico de todas las actividades nacionales legítimas dentro de la común prosperidad, y que en un cercano mañana serán coronadas nuestras fatigas al despertar la conciencia artística de nuestra raza iluminada por la intuición de sus gloriosos é imprescriptibles destinos.



Paseo del Club "Iris."
Grupo de jóvenes convidados.

Visión Trágica

Llegóse á ti con paso cauteloso
Para herirte, la pálida Enemiga.
El ritmo de la sangre se fatiga
En ti, que eres el árbol rumoroso
De la humana floresta: que sonríes
Con el verdor ubérrimo de un campo
Donde alternan las rosas carmesíes
Con los mirtos en flor. Apenas arde
En tu pupila juvenil un lampo.....
Solloza en mí la esquila de la tarde.
Ah! quién pudo trocar nuestros destinos?
Ensangrentada, y muda, y sin reproche,
Miro abiertos tus brazos en la noche.
Cuál la siniestra cruz de los caminos

Cuán mudo el esperar y cuán avaros
A la pasión del voto lisonjero
Tus labios graves y tus ojos claros!

Indómita esquivéz: porte altanero
Que turba el corazón y el rostro humilla;
Luego el rubor que tiñe la mejilla,
Y el beso en la penumbra del sendero....
Criatura de bondad, busqué tu arriño:
Y tu boca jovial, suave racimo
Que destilaba miel, fue tu homenaje.

Como un ardiente pájaro salvaje
Vibró mi corazón.....Ora la muerte
Cefunda sombra de misterio vierte
Sobre tus ojos, que la vida ignoran.
Mientras los míos en silencio lloran.
Pasas, visión de trágico desvelo.
Y alumbran tus miradas de agonía
La nocturna ciudad del alma mía.
Bajo la flora mística del cielo.

V. M. LONDONO.



Paseo del Club "Iris."
Vista general de la casa de campo de don Manuel Espinosa B.

RESIGNACION HEROICA

PARA MANUEL S. CERVERA



Le hic tú del viejo reloj del Hospital
nortificaba con un ruido monótono
y acompasado la melancolía de la
media noche, y este ruido hacía más
intenso el duelo de las salas exten-
sas donde reposaban los enfermos
sobres. Una lámpara esparcía á
rechos su luz moribunda y quebra-
ba sus rayos sobre las blancas sa-
banas que ocultaban el cuerpo casi
xánime del militar viejo que ha-
bía entrado hacía pocos días.

La Hermana Berta, la más dulce, la más
buena de las Hermanas, velaba. Sus pestañas
largas y crespas ocultaban todo el fuego de
unos ojos grandes, intensamente negros y pro-
fundos; sus mejillas ligeramente sonrosadas co-
mo un pedazo de concha, se veían en la se-
mi-obscuridad muy pálidas. El desvelo, las
vigilias, los cilicios, todo esto y el mucho amor
por sus hermanos los enfermos había dado á
su rostro un algo de santidad, á ese rostro
fresco como una granada joven, y había con-

traído un tanto esos labios dulces y suaves co-
mo un beso. Con su mano blanca y fina y
entre sus dedos inmaculados la camándula
grande y larga pasaba recorriendo su escala y
dejando en el roce de cada cuenta un girón
de esperanza Divina. Rezaba.....

El enfermo preso de fiebre mortal no se
movía del lecho: sólo á veces articulaba fra-
ses entrecortadas y extrañas entre las cuales
se creía descubrir fusiles, cadenas, ametralla-
doras, furios de combate. Su corazón latía
con fuerza y ese sueño lo velaba tranquilamen-
te la Hermana Berta, la más dulce, la más
hermosa de las Hermanas del Hospital.

De repente soltó la camándula, la cual al
tropezar con el suelo produjo un ruido extra-
ño que se extendió silenciosamente por las
grandes salas saturadas de un fuerte olor á
ácido fénico.

Entró Berta en una meditación sublime:
sus ojos se ocultaron un poco bajo el peso de
los párpados. Su pensamiento se remontó á la
edad primera y alegre de su juventud...

“Allá en mi tierra, tan lejos, allá donde el sol es tan claro, la luna tan buena, los días dichosos y las noches suaves; allá donde mis padres cuando era niña colmándome de caricias me llevaban de la mano al templo donde el señor Cura admiraba tanto mis buenos propósitos y me aconsejaba tanto. Luego crecí; mi juventud fue tranquila hasta que conocí á Luis, ese mozo gallardo y noble que me amaba mucho. ¡Cómo vienen á mi memoria los pasajes íntimos de nuestra vida de amor! Sus palabras, sus sonrisas, sus ojos dulcemente entreabiertos... todo en él era para mí admirable. Llegó al fin la guerra cruel, sangrienta, negra, y él, mi Luis, marchó también á dejar en el campo junto con sus otros compañeros, sus huesos queridos, huesos que yo hubiera besado, recogido y conservado como talismán. Cuán lejos estamos! ¡Cuánto tarda el día! sus palabras últimas, lánguidamente tristes al tiempo de partir..... todavía veo esos

ojos azules llenarse de lágrimas al darme ese adiós último, interminable, eterno..... Y si no vuelvo?..... entonces, si no tuya, de Dios.

Y aquí estoy, mi traje burdo, mi corbata, mi camándula son las preseas regias de mis esponsales en la tierra. Ardientemente le quise con un amor noble, con un amor santo, sin límites”. Y como para dar una voz de aliento á su espíritu cogió ligeramente el Cristo que llevaba colgado de su camándula, que alzó del suelo, y dióle un beso largo que resonó entre el silencio tiernamente.

El enfermo se quejó con una voz grave, desfalleciente....

La buena y hermosa Hermana Berta se despertó de su éxtasis y rápidamente se puso al lado de la cama del enfermo viejo, y le dió una cucharada amarga que él tragó con dificultad.

Volvió á sentarse en su antiguo lugar; la luz de la lámpara se hacía cada vez menos intensa, uno que otro enfermo bostezaba con amargura víctima del insomnio, del jardín venían perfumes embriagadores que al rozar los párpados pesados y suaves de la Hermana los fueron cerrando cariñosamente.

La aurora con su claridad opaca penetraba recelosa por las rendijas de las puertas y cuando la Reverenda madre superiora se presentó á hacer su visita á los enfermos encontró á la Hermana Berta, la más buena, la más hermosa de las Hermanas del Hospital tranquilamente dormida sobre una vieja silla de junco, las mejillas un poco pálidas, los ojos rodeados de un círculo azul casi imperceptible, y aprisionando contra su pecho el bello Cristo de su Camándula negra.

GABRIEL APANGO VALENCIA.

Barranquilla. Colombia. 1905.

LA CITA



ENIA sus crenchas de oro con una cinta azul como girón de cielo.

Sobre su niveo cuello, como espuma de mar, se enroscaban tres hilillos de perlas negras, formando un contraste encantador.

Tenía en su erecto y palpitante seno un boton entreabierto de camelia blanca como la albura de su alma immaculada.

Bajo los negros arcos de sus pestañas asomaba en las llamaradas de sus ojos la pureza virginal.

Su rostro alabastrino teñido con rosicler de aurora y su figura estatuaría completaban en esa mujer la sublime expresión de una belleza que no pudo idear Miguel Angel.

El astro hermoso del día estaba en el punto céntrico de su triunfal carrera.

Ella se sentó sobre la verde alfombra, bajo un olmo copudo que derramaba abundante y fresca sombra en las riberas de un cristalino arroyo.

Las auras colábanse tenuemente por entre los arbustos cuajados de lindas campanulas y agitaban con rítmica armonía los sutiles hilillos de sus cabellos como espigas de trigo en sazón.

El arroyuelo, en armoniosa consonancia con el sonoro murmullo de la brisa sobre las risueñas flores, se deslizaban dulcemente, semejando una ancha cinta de plata bruñida que la luz pura de un sol meridional hacía más radiante y transparente.

La encantadora Leticia se ocupaba en contemplar la lujuriente naturaleza, en mirar el brillante verdor de los follajes de los árboles, la encantadora floración de la sonriente primavera, en escuchar la sublime orquestación

de las multicolores aves y el murmurio del cristal diamantino del arroyuelo. Abstraída en esa contemplación agreste y fecunda estaba la gentil Leticia. Entre tanto, Luis, joven esbelto y elegante, se aproximaba con mucha cautela, temiendo que el ruido de las hojas secas lo delatasen. Despacio, muy despacio, se dirigía al lugar donde estaba Leticia, el ídolo de sus amores.

Llega, por fin, Luis frente á Leticia; ella se para como movida por un resorte y prorrumpe emocionada:

—¡Cuánto has tardado, Luis de mi alma!

—¡Leticia mía! Antes de entregarnos á un amor tan puro como inocente, contemplaba, en dulce arrobamiento y al través de los arbu-



SATURNINO CORTES DURAN

tos en flor, tu celestial figura, tu cuerpecito de diosa y tu carita de ángel.

Luis estrecha á su amada entre sus brazos é imprime en su frente un puro beso de supremo amor.

Leticia, por instinto natural corresponde amorosamente á las tiernas caricias de su amante y le entrega el botón entreabierto de la camelia blanca que lleva prendido al final del escote, donde arranca su erecto y palpitante seno—toma, es para tí, le dice, despues de haberlo acercado á sus labios teñidos con el bellissimo carmín del pudor.

Luis lo recibe aún humedecido por el aliento de su amada, y lo besa tiernamente embriagado de placer indefinible.

—Leticia de mi corazón, le dice, en esta flor, blanca como el armiño, recibo la pureza de tu alma; en su puro y celestial aroma me das el santo perfume que exhala tu virgen y casto corazón. Para mí esta flor única no se marchitará porque en ella está simbolizado un mundo de ventura.

—Luis de mi alma, le dice, yo te amo con todo el corazón, como aman las flores al rocío, como se aman los ángeles de Dios.

Un rumor de besos puso fin á ese éxtasis tan grande como lleno de dulzura. Entre tanto, las aves cantan en la enramada, las auras susurran sobre las risueñas flores, embalsamando la tibia atmósfera de voluptuosos perfumes, el sol filtra sus rayos de fuego rubio por entre las frondas de esmeralda; el arroyuelo murmurante reproduce en sus diáfanos ondas pedazos de cielo, pedazos de selva y los bustos de aquellos dos amantes.

¡Qué cuadro más encantador! Luis y Leticia se entregan á los goces purísimos de la felicidad que no trocarían por los espléndidos tronos de los reyes.

Después, dándose el ¡adiós! de despedida, desaparecieron veloces como las ilusiones del amor.

S. CORTES DURAN.

Currucucú

La cantimplora cuelga, que ya bebiste entornando tus ojos de gris azul.
reclínate.... mas oye que voz tan triste:
Currucucú!

Es el palomo blanco de pies de rosa.... quiebra, niña, tu talle que es de bambú:
reclínate en mis brazos, eres mi diosa....
Currucucú!

Espónjate en el nido de mi deseo:
paloma blanca y nivea toda eres tú.
de mi ala te estremeces al cosquilleo....
Currucucú!

Tu tez de concha-nacar amor enciende en tu cuerpo vibrante de juventud:
oye que dulce canta... y ella lo entiende..
Currucucú!

El es rey: en sus ojos tan encarnados arde el fuego selvático de nuestro sur.... Es el sultán ardiente de nuestros prados..
Currucucú!

Y ella es como tú eres, nivea y sedefia, tu vello y sus plumones son de tisú:
te hace soñar mi canto y ella en él sueña...
Currucucú!

Ella es mórbida y tú eres copo de nieve cuajado en una Venus de sangre y luz:
sus piesson pequeñitos y el tuyo es breve....
Currucucú!

Su sangre es ardorosa cualsangre hebrea, tu sangre es de Circasia y es de Stambul.
en tí el placer y en ella vivo aletea.....
Currucucú!

Acerca tu piquito, paloma mía, abre tus brazos blancos y cae en cruz.... ¡La cantimplora henchida te dió alegría!
Currucucú!

Sueltas tu cristalina risa de amores, y á nuestros dos reclamos de juventud, ella plañe y tú ríes entre las flores,
—¡Currucucú!
—¡Currucucú!

RUBÉN M. CAMPOS.

Honrosa distinción

LA "Academia Literaria del Salvador" centro intelectual de mérito indiscutible ha dispensado al Director de esta Revista el honor de admitirlo en su seno como académico correspondiente, por unanimidad de votos.

Altamente agradecido por la distinción, es propósito firme del señor Director hacer en favor de la hermosa institución salvadoreña cuanto esté á su alcance, tendiendo á su engrandecimiento y también á estrechar vínculos sólidos y duraderos entre la distinguida juventud intelectual del Salvador y los muy contados panameños que cultivan las letras.

Los señores Saturnino Cortés Durán y José D. Corpeño, bien conocidos en el mundo literario, que fueron los padrinos del señor Andreve, pueden contar con el agradecimiento eterno á que su generosidad los hace acreedores.

Publicamos en seguida la comunicación que el Secretario de la Academia Literaria ha pasado á nuestro Director.

ACADEMIA LITERARIA
del
SALVADOR
Centro-América.

San Salvador, Noviembre 30 de 1905.
Señor don Guillermo Andreve.

Panamá.

La Academia Literaria del Salvador, con el fin de cultivar mutua inteligencia con los centros más renombrados en los países de habla castellana, creando delegaciones en la persona de los más esclarecidos poetas y escritores, en sesión plena celebrada en esta misma fecha, y á moción de los señores don S. Cortés Durán y don José D. Corpeño, acordó: nombrar á usted Académico Correspondiente en la República de Panamá.

En la confianza de que usted sabrá representar dignamente á esta Academia, ensanchando sus relaciones con los principales círculos científicos y literarios de la nación panameña, quedo esperando de usted las letras que acrediten la aceptación del anterior acuerdo.

Suscribiéndome con muestras de alto aprecio atencioso.

JOSÉ D. CORPEÑO.
Secretario.

LIENZOS

Versos de Miguel Moreno
Alba. Prólogo de Emiliano
Hernández. Barranquilla.
Colombia. 1905.

BARRANQUILLA, antes que todo es una ciudad comercial. Un bullicio de creciente actividad llena las calles. Hay ya respetables firmas de negocios, pero bajo la inclemencia de aquél sol y en medio del estrépito mercantil que levanta nubes de polvo en "la nereida del Atlántico" como jovialmente llama un amigo poeta la capital del Departamento del Atlántico, abre el Arte sus grandes rosas de ensueño y una entusiasta falange de trovadores alza en los periódicos del lugar el generoso palio de la literatura contemporánea.

Aquí vibran y cantan Manuel S. Cervera, el lírico más intenso é inspirado de la generación actual; Hermes Cepeda que rima con talento; Leopoldo de la Rosa que escribe prosa muy estimable y Moreno Alba, el autor de *Lienzos*, que nos ofrece en este su libro las más delicadas primicias de su talento literario.

No es hipérbole asegurar que hay en *Lienzos* una sincera y noble fuerza de poesía y originalidad, y decir que si hay los defectos que lleva consigo toda obra de arte, quedan ellos escondidos ante el esplendor suave y profundo, femenino y cristalino de belleza poderosa que envuelve al libro y al autor en una onda de superior emocionalidad.

La belleza de algunas estrofas es sonámbula como la de Lucía de Lamermoor—dice graciosamente el venezolano Emiliano Hernández en el prólogo,—y si es verdad que hay en algunas creaciones del joven colombiano un encanto de adorable inconsciencia, de medias tintas, de cosas vagas.

Libro de belleza, y si no de completa sinceridad, sí de completa intelectualidad, pues en él las emociones son cerebrales antes que todo; y ello mismo nos revela en el autor de *Lienzos* un creador y un mistificador de buena escuela y de propio estilo.

Ojalá nos sea dado leer en breve un nuevo libro de éste joven ingenio que honra junto con sus compañeros de arte la tierra de Guillermo Valencia y Alfredo de Vengoechea.

FELIPE JUNCOS MACHADO.



CONDICIONS



EN TRE las muchas consejas de duendes, brujas y aparecidos que desde niño había oído referir, ninguna le causó á Celso tanta impresión como la que se refería á un encanto que se decía albergaba el caudaloso río que no muchos metros distaba de la hacienda.

Aseguraban los viejos labriegos del lugar que el encanto lo constituía una bella y hermosísima mujer, fruto especial de un rapto motivado por alguna pasión duendística; que la encantadora mujer tenía en el fondo de las aguas un artístico palacio de hialina transparencia; que era de oro el amplio lecho, de oro los sofás, las mesas, las sillas y consolas, de oro sus vestiduras y de oro todos sus joyales; que burlando acaso la vigilancia de los gnomos, solía surgir de las entrañas del río, con evidentes ansias de hallar quien la librase de su espantoso cautiverio, y que puesta á la ribera, bajo la sombra anchurosa de una acacia, mostraba al sol las divinas curvas de su cuerpo desnudo, las opulentas formas de su cuerpo blanco, blanco cual la blancura nítida de un lirio; que allí de pies como visión de poeta apasionado, aparentaba ordenar con peine de oro, las finas hebras de su ondulante y negra cabellera y que así de esta manera, y en fecha no remota, se le había aparecido al hijo del primer mayoral que tuvo la hacienda al instalarse.

También se aseguraba que á los agraciados ante quienes se ponía á la vista, acostumbraba

interrogarles en el sentido de si deseaban el peine de oro ó su persona, y que había sucedido en todas las ocasiones que el miedo y la timidez de los interrogados, habían frustrado la esperanza y el deseo de la mujer hermosa de complacer á sus predilectos.

Las palabras de esta breve historia hormigueaban en el corazón de Celso, causándole un vivo escozor, tanto más molesto y enojoso cuanto que lo vigorizaba el extraño presentimiento de un rápido y favorable cambio de fortuna.

A mañana y tarde, ginete gallardo en su lustroso alazán, Celso pasaba orillando el río, al fondo de cuyas aguas dirigía sus penetrantes miradas.

—Tanto oro que se esconde ahí!—murmuraba sordamente, hinchándosele el pecho de emoción incontenible.—Ella pone á elegir entre su oro y su persona. ¿Y qué puedo hacer yo con ella? Lo que se hace con cualquiera, porque mujeres se encuentran en todas partes, de todo color y á todo precio: y no así el oro, que siempre es escaso y muy arisco y uraño para familiarizarse completamente con él.

Además, el poder de la mujer es siempre relativo, el del oro es absoluto: puede el prestigio de una mujer ser enaltecedor y hasta señal de ventura, pero con frecuencia humillante y en menoscabo de la dignidad del hombre; en tanto que el oro no humilla nunca; al contrario, de un solo tajo nivela condiciones que parecían irreconciliables, y el mismo hecho de no ser esto común, prueba la nobleza indestructible del oro y la omnipotencia de su culto milagroso.... Entre la desnudez y el abrigo, escoger la desnudez, ¡qué tontería! entre una rana y un turpial, escoger la rana, ¡qué locura! y entre

una dama y un montón de oro, escoger la dama, ¡qué estupidez!.... Ah! si viera yo el encanto.....

Y con ligeras omisiones y adiciones, Celso en presencia de las aguas del río, formulaba y repetía el idéntico monólogo que expresaba su indiferencia al amor y su amor á la opulencia.

Una tarde, ya próxima á un pálido crepúsculo, en que una lluvia torrencial le sorprendió en la selva persiguiendo un puerco montés, y jadeante y sudoroso pasaba por las márgenes del río, le hirió la vista la nacarada blancura de un cuerpo de mujer que en la opuesta orilla á la en que se hallaba, parecía que le contemplaba con regocijada curiosidad. Al verla, Celso experimentó una formidable conmoción en todos sus nervios; sospechó con gozo que aquel era el misterioso encanto del cual le venían hablando desde niño: que había llegado el momento de decidir de su suerte en lo futuro con solo demostrar en aquel instante el poder de la audacia y la firmeza de su corazón de mármol. Con visible inquietud, efecto de una fuerte impaciencia, Celso espoleó con ruda violencia al brioso alazán que avanzó intrépido por entre la negra hojarasca del bosque; y antes de enfrentar con el mismo sitio donde se encontraba de pie la mujer desnuda, oyó como la fina y armoniosa vibración de unos cristales en la soledad de un santuario, una voz que le dijo con ternura:

—Dime, doncel: tú que sigues tu camino, ¿quieres elegir?.... Mira!.... yo, ó esto?.....

Y al decir así, la mujer encantada con un peine de oro en la diestra se indicó ella misma y luego señaló el fondo del río que en aquel instante iluminaba dulcemente un ancho rayo del sol poniente.

Celso, apenas tuvo tiempo para oír la frase interrogativa, porque sus ojos felinos dilatados por la codicia, contemplaron con avidez en el fondo de las aguas del río un intenso resplandor metálico y una como reverberación de perlas, brillantes y rubies; y estremecido todo su ser por el deseo de la posesión de aquel tesoro, y con acento que en la espesura de las frondas pareció un estallido, empujándose sobre los estribos, exclamó nervioso:

—Yo elijo eso!... eso!—y señalaba con la mano temblorosa el ígneo y deslumbrante fondo de las aguas.

—Pues toma, imbécil, la mentira de mi verdad, y no te arrepientas—dijo la hermosa.

Y Celso vió que le fué arrojado un objeto que brilló como un relámpago, pero que no se dió cuenta si cayó en el suelo. La mujer misteriosa había desaparecido.

Entonces el espíritu de la impaciencia lo dominó del todo, y explorando con la vista la semi-obscuridad de la ribera opuesta, se arrojó con su alazán al seno movedizo de las aguas caudalosas, diciendo con voz que denotaba su angustia y pesadumbre:

—Mi flor divina, mi dulce gloria, mi rosa blanca, no te vayas, no te vayas todavía. Porque eres la más hermosa, bella y adorable entre todas las mujeres, es que mi corazón ha soñado contigo desde niño. Escucha!... he dicho mal: es á tí y sólo á tí á quien deseo y quiero: sí!... sí!... es sólo á tí!...

Pero inútil ruego, estéril arrepentimiento: la corriente rápida y violenta de las aguas del río arrastraban al ginete con una velocidad que no advertía por la masa de tinieblas que ya

compactas lo envolvían. Y en lucha tenaz por alcanzar la ambicionada orilla, y sintiendo fatiga y desaliento en la inutilidad de sus esfuerzos, pensó un instante:

—Parece que las mujeres sí sirven para algo.—Y momentos después con bruscos movimientos de cabeza por la cólera y el despecho, murmuró con acento cavernoso:

—Maldito sea el encanto!

Y como acontece á más de un pobre bohemio que yerra y se equivoca en lo más íntimo y sagrado de su ideal y su esperanza, hundiéndose y desapareciendo infortunado en la maldita noche de la fatalidad y de la miseria eterna, de igual manera Celso, á un golpe recio de las turbulentas olas del río, se hundió, desapareció en la sombra, hasta el día siguiente que unos humanitarios pescadores recogieron su cadáver sobre las aguas de la mar tranquila.

SIMÓN RIVAS.

Sor Margarita de Tracia

¡Oh Sor Margarita, natural de Tracia!
Para el mundo fuiste rosa de la gracia:

colegiala que hizo muchas experiencias,
para hacer más tarde, muchas penitencias:
modelo de raza sugestivo y bravo
de quien todo mozo fue amador y esclavo.

Hoy en el convento, gentil dogaresa,
por amor á Cristo, te hiciste abadesa.

Lo dejaste todo bajo los alares
nativos: la gloria de los azahares.

el corsé de raso.....No ya en los festines
regirán tu planta los raudos violines.

—Se quedó el poeta, para hacer ahora
un ramo de lirios á la nueva priora—

Todo en tí se viste de un místico encanto,
tienes todo ungido por el crisma santo:

la nuca, los dedos, la sien, la blancura
de los piecitos hasta la cintura.....

pero tienes una, tienes una cosa
sobre el misticismo, muy pecaninosa:

residuo glorioso de la antigua fuente,
lo trajiste al claustro distraídamente,

para herir lo grave de los blancos lirios,
para herir lo blanco de los graves cirios.

para herir la calma: mirlo del convento,
á las monjas silba, ruidoso y contento:

y anda echando verbos, rimas y refranes
entre las salmodias de los capellanes.

Es un punto rojo, bajo el alba toca:
es la flor terrible de tu linda boca.

Esa no es de Cristo, eso fue que el Diablo
sensual, á la cara, te lanzó un venablo,

porque, cuando rezas, entre tentaciones,
incendiadas surgen tus suplicaciones:

y entre las cortinas del ara venusta,
con ensalmos tales, la Virgen se asusta.

¡Oh Sor Margarita! Gentil dogaresa,
que con tanto ahinco te hiciste abadesa,

cúrate esa herida, porque habrá una cosa:
que te sustituyan por escandalosa!

PACHO VALENCIA.

La Ley del Ritmo

Teorías de la versificación—Los
pies métricos clásicos—Los pies
métricos acentuales—Innovaciones
contemporáneas—El verso libre.



El estudio de la métrica castellana es muy lejos de sus Columnas de Hércules. La inmensa mayoría de los poetas, aún de los más altos, ignora la teoría del ritmo y se atiene á la intuición musical y al oído como á uñas trónicas. Y no va descaminando confiando en el empirismo, que asta para evitar todos los escollos y para dominar magistralmente la armonía, si está acompañado de dotes naturales. De ahí la escasa dedicación á la ardua tarea de investigar causas y de desentrañar principios, que más sirven para la crítica que para la composición y más para la satisfacción de conocer que para la gloria de crear.

Pero cuando se vé aumentar el número de buenos versificadores que rompen los moldes e introducen ritmos nuevos, resistidos como todas las reformas, es preciso determinar los límites que franquean y examinar atentamente si no reemplazan el oro con la alquimia; pues aunque en éste caso también falla el oído en última instancia y no hay soborno posible para tal juez, conviene evitar el argumento de autoridad que tanta fuerza tiene en el arte y que suele convertir las obras más celebradas en peligrosos modelos, y conviene también buscar la ley á que esas reformas obedecen, ya que no debe suponerse que carezcan de ella.

Fijemos, pues, las fronteras actuales de la métrica, consignando ántes ciertos principios elementales, á fin de estudiar en seguida la posibilidad de ensanchar sus dominios y fijar sus leyes.

I

El pleito de la versificación por pies griegos y latinos, ha sido sentenciado en definitiva con el rechazo de la base clásica. Todos los esfuerzos realizados para explicar con ellos la cadencia de nuestros versos, han escollado ante la simple comprobación de la existencia de sílabas cuya pronunciación exige doble tiempo

que las otras en la prosodia castellana. Las combinaciones artificiosas en que se reemplaza la *entidad fija* con la *duración desigual* ó con la *intensidad*, resultan ásperas y desapacibles, aún para los oídos más habituados á la música de los versos antiguos, si es que hay alguien capaz de afirmar que domina la ortología de las lenguas muertas.

Así pues, sería imposible, por ejemplo, la aclimatación de cualquiera de las veinticuatro clases de versos que compuso Horacio, origi-



Paseo del Club "Iris." - Instantánea de Mr. Sands, Secretario de la Legación Americana

nándolos en el dactilo, el ymbico, el trocaico, el coriambico y el jónico, (1) porque ninguno de los pies métricos respectivos tiene equiva- lante en los idiomas modernos; y es oportuno establecer que algunos maestros solo designan con esos nombres ciertos grupos de sílabas con acentos determinados, designación caprichosa que no tiene otra importancia que la de una simple nomenclatura.

Examinemos, una vez más, por vía de comprobación, algunas de estas clases de versos y sean las más conocidas: El exámetro debía

(1) Los pies métricos greco-latinos eran *cuarenta y tres*, incluyendo los penta-sílabos.

componerse de cuatro dactilos ó espondeos, á voluntad, de un quinto pié dactilo y de un sexto espondeo. Siendo el dactilo un pié de tres sílabas, larga la primera y breves las dos últimas, exigía en su pronunciación cuatro tiempos, lo mismo que el espondeo, compuesto de dos sílabas largas. El exámetro, pues, tenía trece sílabas ó más, hasta diez y siete, y siempre veinticuatro tiempos. El equivalente en castellano del verso latino

Diffugere nives redeunt jam gramina camois

sería un verso de quince sílabas, siendo largas la primera, segunda, tercera, sexta, novena, décima, undécima, décima cuarta y décima quinta. Esta combinación es absolutamente desacomodada y si se substituyeran ciertas sílabas largas con acentuadas, mezclándolas con inversas simples, directas compuestas ó inversas compuestas, en fin con sílabas largas castellanas, solo se obtendría una pesada é inarmónica serie de palabras, como lo ha demostrado la práctica, con otros versos semejantes. No obstante se podría, tal vez alterando el orden de colocación de dactilos y espondeos ó aumentando el número de los unos y disminuyendo el de los otros, dentro del precepto clásico, obtener un ritmo no repugnante á nuestros oídos; pero ello dependería exclusivamente de la coincidencia excepcional de los acentos; caería dentro de las leyes de la versificación según el número y la intensidad de las sílabas, sin que su duración tuviera importancia, y serviría, por lo tanto, como argumento en contra. Tal pasa con algunos ymbicos, como el trimetro catalectico

Trahuntque siccas machinae carinas

que nos da el ritmo de un endecasílabo.

El sáfico estaba formado por un troqueo, un espondeo, un dactilo y dos troqueos; tenía, pues, once sílabas y diez y siete tiempos:

Jam satis terris nivis atque dirae

Su equivalente en castellano sería un endecasílabo cuyas sílabas primera, tercera, cuarta, quinta, octava y décima fueran largas. No hay espontaneidad posible con estas condiciones y los versos que figuran como sáficos en los tratados de métrica, violan frecuentemente las reglas clásicas, como concesión á la verdadera

ley castellana. En cuanto á la duración, el oído nada dice y es necesario contar vocales y articulaciones, para cerciorarse de que el precepto está cumplido.

Oye, no temas y á mi ninfa dile.....

es un sonido semejante al que nuestra prosodia da necesariamente al sáfico latino, á sabiendas de que lo desnaturaliza. Las demás reglas pueden ser aplicadas mediante una labor que, con ser muy grande, resulta un juego de niños comparada con la inútil que exige la distribución cuantitativa de las sílabas.

Porque esta obra de iniciado en los misterios de la prosodia, nada tiene que ver, en realidad, con la cadencia del verso y solo es un trabajo de pura erudición. Puede aceptarse que en nuestra lengua sea larga una sílaba en que hay un diptongo, que lo sea una mixta, una directo-inversa, una en que la vocal esté seguida de dos consonantes, de las cuales la segunda se junte con la vocal siguiente, etc., etc., todo ello no impedirá que si los acentos están mal distribuidos no haya verso y lo haya en caso contrario, sirviendo solamente la elensión silábica para facilitar la analogía entre las palabras y las ideas que expresan, para la oomatopeya.

Puede afirmarse, pues, que no es posible la metrificación moderna con arreglo á la medida clásica, porque falta la base constituida por la identidad de la prosodia, y, por la misma razón, es erróneo explicar el ritmo castellano por la cantidad silábica.

Sin embargo, en todos los tiempos se ha compuesto en Europa y en América pentámetros y exámetros que no han demostrado más que el saber y la paciencia de sus autores. Ni la cadencia aparece en los versos más que por excepción en poemas enteros, ni se descubre nunca el ritmo de la serie, que es uno de los en-

cantos de estrofas y de estancias. Desde los poetas españoles del siglo de oro hasta los americanos, forman ya legión los versificadores que han fracasado en la empresa, y siendo tan rudo el esfuerzo que ella exige, comparado con el éxito que se obtiene, no vale, en verdad, la pena de acometerla, cuando ya no existe ni siquiera la posibilidad de engañarse sobre el fruto que puede dar. No hay habilidad que reemplace en este caso las deficiencias del instrumento, que es la lengua.

RICARDO JAIMES FREYRE.

(Continuará.)

La Exposición de "El Grito del Pueblo"

Un periódico del Ecuador—uno de los más sensatos del Sur—*El Grito del Pueblo* ha decidido establecer una *Exposición Permanente* de productos universales, donde podrán verse en fraternidad civilizadora desde el banano de Costa Rica, desde el café de Honduras hasta el arroz del Japón victorioso.

Además de la alta estimabilidad del propósito de *El Grito del Pueblo* que inicia una obra no ejecutada hasta ahora por ningún periódico del mundo, es loable y propicio al movimiento industrial de la América esa reunión cosmopolita de riquezas mundiales—suerte de plebiscito fecundo y grandioso del mercantilismo contemporáneo que asistirá á esa Exposición á hacer el pregón de las excelencias de la riqueza territorial de cada nación.

Vayan nuestras felicitaciones muy cumplidas y atentas á la dirección del primer periódico de la ilustre patria de Juan Montalvo.

NOTAS

Envío

Engalanamos hoy esta Revista con dos bellos sonetos de nuestro buen amigo Darío Herrera. El primero de ellos es lo último que ha producido nuestro conterráneo y es de factura delicadísima y de una concepción maravillosa. El segundo ha sido publicado ya en estas mismas páginas y si lo reproducimos hoy es porque Darío lo ha retocado mucho últimamente y porque viene á completar la idea que encierra el primero, formando los dos un *pequeño poema*.

Para nuestro próximo número guardamos un artículo de *El Cinematógrafo de viaje*, bellísimo ciertamente, con cuyo envío ha querido honrarnos. Está dedicado á dos buenos amigos suyos, los inteligentes y meritorios caballeros don Ramón M. Valdés y don Ramón F. Acevedo.

Con el artículo publicaremos el retrato de Darío, á quien damos gracias sinceras por el buen recuerdo que de nosotros hace.

Azabares

El miércoles último, en la santa Iglesia Catedral bendijo el Reverendo Padre Fray Bernardino García la unión de la bellísima señorita Mercedes Alba con el apreciable y caballeroso amigo nuestro don Baldomero Tarté D. Apadrinaron la ceremonia doña Josefa Castro de Alba y don Baldomero Tarté.

La concurrencia al acto fué selecta y numerosa, y la manera espléndida como fue obsequiada en casa de la familia del novio digna de encomio.

Que la luna de miel de la simpática parejita no tenga ni ocaso ni eclipses son nuestros mejores deseos.

Flor Daliza

Una distinguidísima poetisa de Puerto Rico, la señorita Josefina Moll que firma románticamente *Flor Daliza* nos envía unos versos sentidos y delicados con los cuales honramos el presente número, prometiéndonos publicar en el próximo el retrato de la borinqueña inspirada, belleza y orgullo de la literatura antillana.

Good Luck

Agradecemos á don Antonio Burgos, buen amigo nuestro, la participación que en *Atenea* esquel nos hace del enlace de su señorita hermana Aminta con don Juan José Amado (enlace que debe haberse verificado ya en el pueblo de Chitré), y deseamos para la feliz pareja toda clase de venturas y alegrías.

De Justicia

El Certámen Escolar que tuvo lugar el domingo 7 en el Colegio Normal de varones que dirigen los Hermanos Cristianos, lo presenciamos con placer debido á galante invitación que se nos hizo.

Tanto en los números del programa que á él correspondían como en el reparto de premios y de diplomas, dió la nota más alta nuestro paisano Cirilo Martínez, muchacho de nobles aspiraciones nacido en el pueblecito que fundó Tello de Guzmán en 1515.

Felicitemos al buen estudiante y también al padre: honrado trabajador que sueña con dar á su hijo toda la ilustración posible.

De "Romeo"

La publicación del artículo histórico de Don José Agustín Arango, nos mueve á hacer esta pregunta: ¿quién ideó la actual bandera panameña y qué significado tiene?...

Bien puede ser que don Ernesto T. Lefevre nos diga algo al respecto, si aún se acuerda de un papel de manila que, extendido sobre la mesa comedor de don Manuel E. Amador, soportó pacientemente los ensayos que se hicieron para dibujar sin compás, una estrella perfecta de cinco puntas. Alguien prestó después una caja de instrumentos de dibujo y la estrella quedó hecha.

Tinta roja y azul en platitos de café; por brocha un pedazo de trapo y..... hubo bandera. ¿Quá hay en esto de verdad, amigo Lefevre?...

Ensayos Críticos

Este es el título de un libro que acaba de publicar en la Habana el señor Pedro Henríquez Ureña, sutil escritor de Santo Domingo, de buena escuela literaria.

El método crítico de Henríquez Ureña es pu-

ramente francés. Tiene algo de Taine en la ojeada psicológica y de France en la gracia analítica. Las siluetas de los escritores que observa y estudia se perfilan dentro de un estilo amable y discreto, vago á ratos, pero siempre sugestivo.

El tomo del joven intelectual antillano inicia en Cuba un movimiento crítico, síntoma infalible de la civilización literaria que arroja los *puercos* de la crítica hermosillesca y segunda la noble labor crítica del talento de Arturo Carriarte, y la actividad literaria de René López, Hernández Portela, los Carbonell, Rodríguez Embil y Carlos Garrido, esa parvada de alondras que sigue el vuelo del águila de *Bustos y Rimas*.

15 ENERO 1906 Fiesta de los niños

Por falta de espacio no publicamos en nuestro número anterior los datos referentes á la suma total colectada para la *Fiesta de los niños* y á los gastos verificados con motivo de ella. Ahora lo hacemos, como se verá á continuación.

CUARTA LISTA DE PERSONAS QUE CONTRIBUYERON PARA LA "FIESTA DE LOS NIÑOS."

American Trade Developing Co.	\$ 5.00
Doña Mercedes F. de Galindo.	5.00
Señores M. D. Cardoze y Hno.	3.00
Un extranjero	2.00
Doña Manuela Sierra de Spiegel	1.00

Suma de ahora.....\$ 16.00
Suma de la 3ª lista..... 596.20

Total.....\$612.20

De esta suma hay que deducir tres pesos por cuotas de dos personas que suscribieron \$1.00 la una y \$2.00 la otra y que no las han cubierto. La suma recaudada fue pues de.....\$609.20

LISTA DE GASTOS CAUSADOS POR LA "FIESTA DE LOS NIÑOS."

Facturas de:	Juguets	Pesos
Maduro é Hijos. 6 cjs. de juguetes	1560	134.00
" " 1 gruesa cornetas		
" " cartón	144	8.00
" " Muñecas surtidas	36	20.80
I. Preciado & Cía. 1 caja de juguetes	720	100.00
M. D. Henríquez. 2 " "	660	145.00
J. F. del Río & Cía. 1 " "	300	45.00
J. H. Mahoney juguetes surtidos	217	22.80
M. Heurtematte & Co. 6 juguetes		
" " finos	6	24.50
José N. Mendoza. Carricoches de		
" " lata	500	40.00
Serpentinas compradas á los Srs.		
" " M. D. Cardoze y Hno.		6.00
Pagado á 2 cargadores el día 24		3.00

Total..... 4143 \$ 549.10
Suma colectada. \$ 609.20
Total de gastos. 549.10

Sobrante.....\$ 60.10

Esta suma de sesenta pesos con diez centavos ha sido remitida por el Director de esta Revista á la señora Superiora del Asilo San José de Malambo por conducto de uno de los Redactores de ella, el señor Alejandro Dutary, por ser este Asilo el centro de caridad más pobre que hay en la capital, hecho hacia el cual nos permitimos llamar, ya que se ofrece la oportunidad, toda la atención del Excmo. señor Presidente de la República.

Crespones

JOSÉ MANUEL LÓPEZ URRUTIA, el caballero so y noble amigo, ha rendido la última jornada. Joven y bueno, cruel enfermedad, la más cruel de todas porque se ceba de preferencia en los jóvenes, acabó con él dolorosamente, en plena primavera. Y si es triste ver rendirse á los ancianos que ya han terminado su tarea en la vida, es doloroso, cruelmente doloroso, ver caer los jóvenes, los árboles nuevos, de los que es aun dable esperar saisonados y abundantes frutos.

Descanse por siempre en el seno de la tierra el buen amigo, á cuya memoria dedicamos un recuerdo.

El Incendio del 12

En las primeras horas del mediodía del 12 de este mes se declaró un incendio que se dilató violento y destructor por espacio de tres horas causando pérdidas materiales lamentables. Con tal motivo publicaremos el número próximo una espiritual crónica de nuestro amigo Emiliano Hernández que presenció el incendio, pensando á la vez ilustrar dicha crónica con algunas vistas del fatal siniestro que de todas veras depioramos.